

perdidos lamentando otros días. ¿Más estáis ahora en potencia? Logra sin espera alguna este instante, la ausacia tiene espíritu y en ella está la magia y el poder. ¡Adelante! y tu mente crecerá y se excitará hasta el ardimiento. ¡Confianza! y el trabajo se te rendirá hasta la plenitud.

FORTUNATO LOZANO.

—(U)—

¿QUE ORIENTACION IDEOLOGICA ES LA QUE DEBE SEGUIR LA UNIVERSIDAD DEL NORTE?

—(U)—

Por EDUARDO MARTINEZ CELIS.

—(U)—

(De El Porvenir.—Nov. 22 1931.

Jóvenes estudiantes:

La pobre celebridad que me ha dado desde hace muchos años el figurar entre aquellos que por lo poco encogidos y lo mucho desplantados se paran a hablar en público, indujo seguramente a la Federación Estudiantil a catalogar mi nombre entre los capacitados por su mentalidad y su cultura para abrir un derrotero ante los ojos de la juventud contestando a esta pregunta: ¿Que orientación ideológica es la que debe seguir la Universidad del Norte?

Evidentemente, se ha sufrido una equivocación que me apresuro a aclarar no por fingida modestia, sino por propio decoro y por propia estimación, porque al dirigirme a Ustedes, la generación que llega pidiendo una palabra alentadora a la generación que se va, debo como los creyentes que llegan ante el sarcófago que guarda las cenizas de Mahoma, sacudir el polvo de mis sandalias y presentarme tal y como soy, limpio de toda vana vestidura y sin reservas de ninguna especie.

Agradezco el benévolo concepto, pero no puedo aceptarlo porque equivaldría a aceptar un alto título que no merezco y, además, a incurrir en una lamentable confusión entre el significado de estos términos: "conferencista" y "orador". Orador en nuestro tiempo es algo tan común y tan corriente, tan demeritado ya que tan de fácil alcance, que la oratoria, deslustrada por los audaces minúsculos y desposeído de las galas de la elocuencia, del conocimiento exacto del valor de los vocablos y hasta de la fuerza efónica de la palabra, marca un signo deplorable de degeneración intelectual puesto que el orador, reservado en otros tiempos para las ocasiones más solemnes surgen en el nuestro con aplanante multiplicidad hasta para ponderar las trivialidades de nuestra vida doméstica. No así

el confencista, amigos míos, que supone una erudición maciza y una vasta preparación no para elucubrar en escarceos ni para hacer florituras, meros malabarismos de lenguaje sobre un tópico cualquiera, sino para desentrañar un problema, para profundizarse y discernir una cuestión de éste o aquel orden, o para analizar una teoría de carácter científico o artístico mediante la aplicación de todos los recursos de la técnica. Quien dicta una conferencia, como se usa decir hoy, cumple la misma misión que quien sustenta una cátedra, y sustentar una cátedra es asumir la más grave de las responsabilidades.

Está muy lejos pues de mis alcances dictar una conferencia y me doy por relevado de compromiso tan grande porque cuando el presidente de la Federación Estudiantil me hizo el gentil halago de invitarme a tomar participo en este ciclo, le contesté que aceptaba porque tengo para mí que nadie debe negarse a los reclamos de la juventud, pero que lo mío sería una sencilla plática no más.

Definido mi papel y explicada mi posición de suyo desigual y desventajosa junto a los que antes que yo han hecho gala de capacidades al exponer sus ideas—Eusebio de la Cueva, que piensa y dice a la manera clásica de Fray Luis y Garcilaso; el Dr. Alfonso Garza, de sensibilidades exquisitas y quien pasó triunfante por las aulas venerables de la más ilustre y viaja de las Universidades de América, la de México; Virgilio Garza el chico pero de madureces mentales tan ponderables como las de Virgilio Garza el grande y Fortunato Lozano, el investigador acucioso en los campos floridos de la filosofía y galano orador de perfil ático—voy pues, en el nombre sea de Dios, amparador de los pobres sea cual fuere su pobreza a poner manos torpes a la obra que me ha sido encomendada.

Mis años por una parte y mi espíritu observador por la otra, cultivado y fortalecido en las andanzas del periodismo, me han hecho dueño de un pequeñísimo caudal de experiencia. He oído muchas cosas y he visto muchas cosas en mi vida. No en vano me tocó en suerte vivir en una época fecunda en cataclismos grandiosos. Pobre y endeble arbusto han pasado sobre mí los huracanes y las tempestades que han sacudido a los hombres en los primeros lustros de este siglo, y al azote de las ventiscas he visto como han caído muchos troncos seculares, y cómo, tras la tormenta, ya bajo un cielo despejado y limpio, la Humanidad, renovada y remozada por los aquilones se ha cubierto de verdor al reventar nuevos brotes.

Esto es todo lo que traigo como bagaje, como contingente a esta estudiantil encuesta, es decir,

una poca de experiencia aprendida en el libro de la Vida, una visión amarga del pasado y un miraje sonriente del futuro, un poco de desencanto y rencor contra sí mismo pero también un mucho de optimismo engendrados por el presente.

Lo primero que siento que me invade al pensar que me encuentro en este instante frente a los hombres que han de ser mañana los que reciban todo lo que se halla en las manos de los de hoy, es un miedo terrible y torturador; un miedo que yo interpreto como un hondo sentido o como una conciencia plena de nuestra enorme responsabilidad. Y lo primero que se me ocurre al pensar que a través de este micrófono está pendiente de mis palabras toda una generación, toda una porción de juventudes, el futuro en embrión de nuestra patria, es hacerme esta pregunta: ¿Qué hemos hecho contigo, juventud, qué vamos a hacer de tí?

¡Ah, la respuesta es tremenda! ¡qué culpa, qué enorme culpa la que pesa sobre nuestras conciencias, porque si esta juventud no lograra el equilibrio de los valores morales que subvertimos nosotros, si no se detuviera con pié firme en la pendiente del desquiciamiento y de la bancarrota espiritual—"de tal padre tal hijo"—nos diría, y por funesto atavismo, enferma como nosotros, seguiría acometida por los vértigos del encumbramiento rápido y de las fáciles adquisiciones, de la improvisación de las fortunas y de la suplantación de los títulos más altos sin más merecimientos que la audacia y sin más fin que el de satisfacer ansias de notoriedad, de grosero bienestar y de injuriosa opulencia.

¿Qué hemos hecho contigo, juventud? Grabar en tus pupilas la visión de nuestros pleitos caseros por el afán de retener de unos y el afán de poseer de otros y ensordecir tus oídos con las voces melifluas e insinceras del halago que envilece y las adulaciones que malean a los espíritus mejor templado. "Mea culpa" habría qué exclamar ante tí, juventud del nuevo barco, si nos exigieras cuentas, porque perdiendo de vista tu santa castidad y tu candor, como el padre que apura hasta la heces la copa del breva je nauseabundo y se embriaga hasta el embrutecimiento a los ojos de sus hijos, nos hemos puesto a armar ante los tuyos el andamiaje de la mentira organizada para erigir, nueva torre como la Babel, la gigantesca construcción del bluff.

Tú empezaste a vivir, oh juventud, en una hora de extravío en que la probidad y la honradez dejaron de ser virtud para convertirse en mérito, y has visto sin darte cuenta de las monstruosidades que veías, como por artes de magia, el mercader que humilde anocheció, amaneció potentado; como el profesionista recién salido del aula en fuerza de "martajar", tuvo en un día más clientes y renombre que en veinte años de noble esfuerzo

rudo para amasar un prestigio los tuvo el viejo maestro pozo de sabiduría y talento preclarísimo, y has visto también, oh juventud, como los preparados simplemente para los más sencillos menesteres en la órbita más modesta, amanecieron un día en los peldaños más altos como dispensadores de mercedes y otorgadores de dádivas.

Si por ideología puede entenderse un conjunto de ideas y de propósitos que deban de realizarse en aras de la verdad, en tributo a la justicia y en ofrenda a la belleza, que forme parte de tu ideología, Juventud de Nuevo León, por la nobleza de tus sentimientos y por la elevación de tus tendencias, ozonizar este ambiente, lavar, purificarlo hasta hacer de él un medio en que se asfixie todo propósito tortuoso e insano, y una recia muralla inaccesible a todo aquel que intentare conquistar éxitos fáciles por un camino que no sea la ruta luminosa y rectilínea de la ponderación, la sensatez, la dignidad y el bien.

Pero, no hay culpa, lo sabéis vosotros que estudias abogacía, que no tenga la atenuante de la misericordia por lo menos. Ya os hablé de nuestras culpas, de las tremendas culpas de nosotros, de este tiempo más bien dicho —crímenes son del tiempo y no de España", dijo Quintana en célebre misiva— y ahora he de ocupar vuestra indulgente atención para exculpar a este tiempo y a los hombres de este tiempo, o por mejor decir, para atenuar esas culpabilidades, poniendo junto a los cargos los consiguientes descargos inspirado para ello por un espíritu de apreciación de la más pura justicia.

Porque, si deplorable es el aspecto que antes os he mostrado, amigos míos, debo también decir que no todo es acreedor a la abominación, pues así como no hay un día sin noche, ni hay un placer sin dolor, ni una rosa sin espinas aunque resulte resobado y cursi recoger esta expresión, no se operó jamás un movimiento, una convulsión social por muy altos que fueran sus ideales, por muy profundo el fondo de justicia en que se incubara y por muy nobles y llenos de la porción más grandes que en un hombre pueda haber de buenas intenciones, el corazón de sus apóstoles y el alma de sus caudillos, no hubo jamás, repito, un movimiento de redención y reivindicación por sublimes que fueran sus principios sin horas de extravíos y aberraciones.

Era inherente pues a nuestro tiempo que en medio de las vastas convulsiones que han conmovido al mundo en éstos años padeciéramos también ese minutos de enloquecimiento que subvierte los valores. No hay sedimento que quede flotante en la superficie cuando las almas vuelven a su calma, de modo pues que esa inversión moral fué

un fenómeno de lógica puramente transitorio; en cambio, son perdurables, y son vastas, y son incommovibles las bases sobre las cuáles ha de alzarse el porvenir de nuestra Patria y de la Humanidad y que dejamos como cara herencia en vuestras manos incontaminadas.

La parte de dolor y sacrificio, de destrucción y de lágrimas, fué la nuestra amigos míos. La tierra estaba llena de maleza y era preciso removerla toda; había que arrancar troncos milenarios petrificados ya, sin ramazón, por los cuales trepaban las ortigas recubiertas de parásitos. La tierra sentía el dolor de la esterilidad de sus entrañas infecundas por aquellos troncos y fue preciso que se derribaran para poner en su lugar semillas que pudieran nutrirse con la savia del corazón inmenso de la tierra y reventaran en brotes que dieran mejores frutos.

¿Qué hemos hecho contigo, juventud? ¿Qué vamos a hacer contigo? Entregarte una tierra barbechada y con los surcos llenos de semilla para que tú recojas la cosecha, te regales con sus frutos, y aspire el aroma de sus flores.

La nueva ruta está abierta y puedes seguir por ella con paso firme y seguro. Los sistemas carcomidos, las viejas instituciones, las teorías apollilladas, los conceptos ya decrépitos, las modalidades rancias, todo lo que atajaba el libre paso de las corrientes de renovación y que obliga a los hombres a quemar en el silencio de su dolor y su desesperanza el santo incienso de sus inquietudes, todo cayó vencido como un dique de muros, ensalitrados que se oponen al torrente bramador, y las nuevas ideas se abrieron paso llevando a la conciencia de los hombres una noción más clara de sí mismos, una concepción más amplia y más llena de generosidad de la vida y las cosas de la vida y un concepto más justo y más humano de sus relaciones entre sí como factores recíprocos.

Ufánate, juventud, de que el destino te haya deparado la suerte de contemplar este espectáculo maravilloso que ofrece el mundo en su transformación, en su vuelo hacia alturas insoñadas, y has tuyo, con toda tu alma, inbúyelo en absoluto en tu cerebro y tu espíritu este afán de constante renovación, de perfeccionamiento y de superaciones increíbles. Siente el orgullo de esta época que con las maravillas desconcertantes de sus inventos, de sus descubrimientos, y sus doctrinas—dulce rehabilitación de la sencillez cristiana— se eleva hasta altitudes incommensurables sobre todas las épocas pasadas. Newton—lo dice el pensador ibero—resulta enano junto a Einstein; Julio Verne el de las estupendas fantasías sugeridoras del aeroplano y del submarino, se quedaría sin embargo anonadado y perplejo ante la travesía del U-53 del Capitán teutón y ante los vuelos

de Lindbergh, y, quién sabe qué habría hecho Napoleón con su genio de estrategia y su grandeza de guerrero sin par si el Mariscal Foch le hubiera cedido su puesto para comandar a los millones de hombres de los ejércitos aliado y detener el avance de los soldados de Hindenburg y sus cañones de 42.

A propósito, y no pudiendo resistir el deseo ardiente de daros a gustar algo efectivo sustancioso en el curso de mi plática, oíd lo que nos dice el formidable pensador José Ortega y Gasset—gala del pensamiento universal y columna espiritual la más fuerte del republicanismismo en España—en su estupendo libro “La Rebelión de las Masas” sobre las diferencias de esta época y las que le han precedido en el curso de los siglos:

“El organismo humano posee en nuestro tiempo capacidades superiores a las que nunca ha tenido. Cosa similar acontece en la ciencia. La Física de Einstein se mueve en espacios tan vastos, que la antigua Física de Newton ocupa en ellos sólo una buhardilla. Y este crecimiento extensivo se debe a un crecimiento intensivo en la precisión científica. La Física de Einstein está hecha atendiendo a las mínimas diferencias que antes se despreciaban y no encontraba en cuenta por parecer sin importancia. El átomo, en fin, límite ayer del mundo, resulta que hoy se ha hinchado hasta convertirse en todo un sistema planetario.

Cuando hace no más de treinta años los políticos peroraban ante las multitudes, solían rechazar esta o la otra medida del Gobierno, tal o cual desmán, diciendo que era impropio de la plenitud de los tiempos. Es curioso recordar que la misma frase aparece empleada por Trajano en su famosa carta a Plinio, al recomendarle que no se persiguiese a los cristianos en virtud de denuncias anónimas. Ha habido, pues, varias épocas en la historia que se han sentido a sí mismas como arribadas de una altura plena, definitiva; tiempos en que se cree haber llegado, al término de un viaje, en que se cumple un afán antiguo y plenifica una esperanza. Es la plenitud de los tiempos, la completa madurez de la vida histórica... Hace treinta años, en efecto, creía el europeo que la vida humana había llegado a ser lo que debía ser, lo que desde muchas generaciones se venía anhelando que fuese, lo que tendría ya que ser siempre. Los tiempos de plenitud se sienten siempre como resultado de otras muchas edades preparatorias, de otros tiempos sin plenitud, inferiores al propio, sobre los cuales va montada esta hora bien granada. Vistos desde su altura aquellos períodos preparatorios aparecen como si en ellos se hubiera vivido de puro afán e ilusión no lograda; tiempos de sólo deseo insatisfecho, de ardientes precursores, de todavía no”, de contraste penoso entre una aspiración clara y la rea-

lidad que no le corresponde. Así ve a la Edad Media el siglo diez y nueve. Por fin llega un día en que ese viejo deseo, a veces milenario, parece cumplirse: la realidad lo recoge y lo obedece. ¡Hemos llegado a la altura entrevista, a la meta anticipada, a la cima del tiempo, al “todavía no” ha sucedido el “por fin”.

Esta era la sensación que de nuestra vida tenían nuestros padres y toda su centuria. No se olvide esto: nuestro tiempo es un tiempo que viene después de la plenitud. De aquí que irremediablemente, el que siga adscrito a la otra orilla, a ese próximo plenario pasado, y mire todo bajo su óptica, sufrirá el espejismo de sentir la edad presente como un caer desde la plenitud, como una decadencia.

Pues bien; ¿qué diría sinceramente cualquier hombre representativo del presente a quien se hiciera una pregunta parecida? Yo creo que no es dudoso: cualquier pasado, sin excluir ninguno, le daría la impresión de un recinto angosto donde no podría respirar. Es decir, que el hombre del presente siente que su vida es más vida que todas las antiguas, o dicho viceversa, que el pasado íntegro se le ha quedado chico a la Humanidad actual.

“Nuestra vida se siente, por lo pronto, de mayor tamaño que todas las vidas. ¿Cómo podrá sentirse decadente? Todo lo contrario; lo que ha sucedido es que, de puro sentirse más vida, ha perdido todo respeto, toda atención hacia el pasado. De aquí que por primera vez nos encontremos con una época que hace tabla rasa de todo clasicismo, que no reconoce en nada pretérito posible modelo o norma, y sobrevenida al cabo de tantos siglos sin discontinuidad de evolución, parece, no obstante, un comienzo, una alborada, una iniciación, una niñez. Miramos atrás y el famoso Renacimiento, nos parece un tiempo angostísimo provincial, de vanos gestos—¿Por qué no decir lo?—“CURSI”.

Ya fué bastante lo dicho para que os forméis concepto de la época que vivís. Prepara, pues, tus alas, juventud, para que en un mañana no lejano puedas con tus potencias superar a las de los hombres de hoy. No digáis que no os dejamos un caudal de conquistas preciosísimo. ¿Conservar esa herencia? No, no es esa la misión que os va a tocar, sino la de superarla.

Tomad todo lo dicho anteriormente desde o en un sentido de universalidad, que hemos hablado de la juventud y sin separos de nacionalidades. Ahora bien, circunscribiéndonos a nuestro medio, al terreno en el cual tendréis que actuar, os dejamos—lo dije ya al principio—las bases para implantar una organización política y social enteramente de acuerdo con las teorías y las tendencias

nuevas, y si a esto puede llamarse orientación ideológica, incluído también entre la vuestra, quiero decir que hagáis vuestra la ideología revolucionaria pero no por modo abstracto, sino para que la traduzcáis en hechos reales y prácticos, porque si ha de ser verdad, como presidente Barbusse en su inquieto libro “El Resplandor en el Abismo”, que los intelectuales quieranlo o no tiene que ponerse al frente de las masas obreras y campesinas, sea enhorabuena que os pongáis vosotros capacitados por vuestra cultura, por vuestra ilustración y por un hondo sentimiento de la responsabilidad a la cabezas de esas dos falanges que, dirigidas por vosotros mismos lograrán la elevación y el mejoramiento a que aspiran, porque dejarán de ser la carne de explotación del liderazgo formado por los imbéciles y por los picaros.

Ahora hablemos un poco de la Universidad que va a fundarse, la Universidad del Norte, de cuya gestación embrionaria son ya signos evidentes el entusiasmo con que la juventud estudiantil ha venido propugnando en favor de su creación, y la promesa empeñada por el Jefe del Estado.

Vientos propicios y prósperos hagan llegar la barca de este ideal hasta el más seguro puerto, y todo ceda a la realización de tan laudable propósito. Más, a no ser por esa fé de roca, por ese espíritu acometedor de toda gallarda empresa que es signo característico de nuestros hombres norteros y que en tan robusta forma ha expresado Alfonso Reyes—“el tesón de los hombres de mi tierra”—yo dudaría, dejésemme que lo diga con toda la lealtad de mi cariño a tan elevada idea, yo dudaría de que se realizará porque es tan gitanesco este proyecto que para completarlo en realidad será menester salvar toda una Sierra Madre de tropiezos, y de dificultades y de escollos. Y no vayáis a pensar que el pesimismo me invade—libreme Dios de pretender llevar a vuestro espíritu púgil en el vaho de un desaliento, ni un tomín de pesimismo—pero es que hay que analizar nuestras posibilidades para medir el esfuerzo que haya de realizarse, a fin de no ir a llorar un fracaso o un desengaño.

Lo primero con que nos encontramos no es para desalentar pero sí para inducir a pensar seriamente en el asunto; y es ello que es que no contamos con profesores universitarios, ni es fácil cosa lograr tan preciada adquisición. No es temerario afirmar que ni la más ilustre, ni la más vieja entre todas las de América—la Universidad Nacional de México—responde por modo exacto a la misión de una Universidad por razón de esa falta de Maestros. Cursos habrá a cuyo frente haya maestros especializados en determinada rama.—Manuel Herrera y Lasso por ejemplo, y an-